

Lecturas

Frente a la pared de cristal estaba ella, como silueta magnífica, atrapada en ese vidrio. Yo estaba al lado, apenas tocada por la luz natural que venía de la calle mojada, en la oscuridad de un largo pasillo lleno de telarañas, de suciedades, de rostros ajenos y sonidos engranados entre sí. Yo esperaba, alguien conocido vendría por mí.

La vi allí. Era una sombra sutil, transparentada. Un cuerpo fundido en esa pared de vidrio, quieto, como esperando. Así la vi; y de esa visión hice un bosquejo en hojas sepias, otoñales; quise verlo lentamente, como queriendo descubrir, re-crear instantes de encuentros pasados y tejer futuros inciertos.

Deseos

Entre los pasos efímeros que van y vienen, estaba ella, quieta, presa del vidrio; yo la vi, con su pantalón blanco, ceñido, como una segunda piel; una blusa caía libre, desde sus hombros descubiertos hasta su cintura, era holgada, disimulaba, quizás, una cintura que en un tiempo fue de trazos delicados y ahora escondía huellas sutiles del tiempo. Su cabello castaño, era como una fuente de crines largas con ondulaciones apagadas. Culminaba ese cuerpo en unos zapatos de tacón alto, muy finos, puntiagudos, de esos que pueden revelar, maliciosamente, la profesión de quien los lleva.

Ella estaba allí, reflejada en el cristal. Había sido mi alumna: una joven inteligente, de las que exigen a sus docentes preparación, de las que rejuvenecen la mirada, pues todo lo pregunta, todo lo comprende, todo lo cuestiona. Siempre iba más allá. Tenía una mente privilegiada, había nacido para brillar, para hacer brillar a su familia y de seguro a su grupo social. Ahora,

de espaldas a mí y frente a ese cristal, estaba ella: un cuerpo delicadamente vestido, pero sin voluntad de encontrarse con lo que yo una vez conocí.

A su lado, un hombre alto, fuerte, blanco, joven la acompañaba. Él no la tocaba pero la poseía; por lo menos, suya era su voluntad. Ella, se abandonaba a él. Él gustoso la utilizaba para sus andanzas.

Imaginé su vida en esas hojas sepias: psicóloga, científica, ingeniera... *¿cuántas profesiones podría haber logrado?* El hombre a su lado programó su presente, *¿cuándo dejó las aulas?* y quizás su futuro también, *¿cómo ocurrió esto?* Él ya posee su voluntad, *¿cuándo empezó a ser sólo reflejo de un cristal?* *¿Cuánto futuro le hubiera esperado?* *¿Tal vez una prominente científica... una buena psicóloga?, ¿por qué no una escritora que posiblemente estaría tejiendo esta historia?...*

Los tacones se mueven. Ellos llevan cargada a una mujer, muerta. Cuando las ilusiones se mueren sólo queda el hueso, la carne quizás, un alma rota que se miente.

El ruido de la calle, aumenta. Nada se entiende, sólo veo que mueven los labios. Creo escuchar lo que dicen, o me lo invento:

Cuánto, cuántas horas, posiciones, *¿efectivo?*

Sus manos, las que labraban el mejor cuaderno, la letra más hermosa en perfecto palmer, las clases completas, las que todos querían a la hora del examen. Son las mismas manos que hoy se hacen océanos, ardorosos. Quiere tener control de la situación, no mueve sus manos, las tiene quietas, disimula el miedo.

Sudan.

Todo se mueve, la atmósfera está enmohecida, de los árboles caen las hojas deshilvanadas, las paredes estallan con su costra sucia, la gente camina pesada, rocosa, como arrastrando los pasos. Y ella, allí en la carretera, esperando.

Llueve, o eso creo; el momento es propicio para la lluvia: ella se empieza a desteñir. ¿Me acerco a ella?, ¿le dará vergüenza?

Le llegan.

Mira a su adonis. Baja la mirada. Camina un cuerpo vestido de colores en un torbellino de sombras, perdido; nada siente. Camina dejando en el aire los sueños de lo que pudo haber sido, de lo que imaginé yo que pudo haber sido ella... que ya no está en el cristal.

Se pierde en el gris del paisaje, o acaso ¿siempre fue parte de ese paisaje? ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Cuándo perdió su voluntad? ¿Cuándo dejó de ser la que yo encontré?

Las hojas siguen cayendo sobre la sucia calle y yo sigo en la entrada del pasillo oscuro y con telarañas, esperando que lleguen por mí (y alguien escriba mi vida) y quizás inventando o ¿re-creando? nuevas historias.

Él queda congelado en el cristal. Solo, pero con la voluntad de ella.

Como quedan en el cristal y en las manos de ellos (y ellas) los sueños y las ilusiones de ellas.